

EL TESORO

Hace muchos años la ciudad de El Cairo era un sitio tranquilo donde vivían pacíficamente un buen número de familias que vivían básicamente de la pesca, la agricultura y la ganadería. En esta bella ciudad vivía Yashé, un humilde ganadero que cuatro veces al año subía con sus ovejas a un monte cercano llamado el Alto del Jolán en busca de ricos y abundantes pastos. Nuestro protagonista era un rudo muchacho de unos veinte años que desde muy pequeño se había acostumbrado a trabajar de sol a sol. Delgado como una culebra vestía siempre con unos pantalones ya gastados por el uso y una chaqueta de color negro como el carbón que le protegía del frío de la montaña.

La vida corría tranquila para Yashé, hasta que un día aparecieron en su casa unos misteriosos caballeros. El muchacho, temeroso, les abrió las puertas de su casa y compartió con ellos su comida. Sin embargo no se fiaba de ellos. Uno de los hombres le preguntó:

- Muchacho, ¿sabes el camino que lleva a la Ciudad Sagrada donde cuenta la leyenda que el último faraón del antiguo Egipto escondió el grandioso tesoro del reino?
- Sí –contestó Yashé- me la enseñó mi abuelo hace años, antes de su muerte, pero esa ciudad está protegida por los dioses y ningún mortal osa acercarse.
- Pues tú nos indicarás el camino si no quieres que te matemos aquí mismo-respondió el jefe del grupo mientras le mostraba un fusil.

Nuestro amigo no tuvo más remedio que acompañarles, pues le tenía gran aprecio a su vida. Al día siguiente comenzaron la marcha hacia la Ciudad que albergaba aquel fabuloso tesoro. Dos jornadas después llegaron a una montaña que parecía inexpugnable, pero Yashé les enseñó un pasadizo que llevaba directamente a la ciudad. Era hermosísima y sus torres brillaban como perlas. Sin embargo, de repente se desencadenó una fastuosa tormenta con rayos y truenos que hizo que las montañas de los alrededores comenzaran a derrumbarse. Los perversos hombres fallecieron bajo aquellas grandes piedras y el muchacho logró sobrevivir milagrosamente. Los dioses una vez más no habían permitido que nadie profanase la Ciudad Santa.